

Apéndice: Un texto inédito de Gil



Reproducimos como broche final un curioso texto recogido por el profesor Picoche en su tesis, “qui est évidemment inspiré de très près par un texte inédit d’Enrique Gil actuellement brûlé. Toutes les archives de l’Ambasáade d’Espagne á Berlin ont disparu pendant la guerre 1939-1945”¹¹⁵.

El texto –que por su originalidad e interés complementa la obra costumbrista de Gil– se encuentra en el ensayo del erudito leonés César Morán *Por tierras de León: historia, costumbres, monumentos, leyendas, filología y arte*¹¹⁶. No es un inédito en sentido estricto, ni posee el tono y el estilo de nuestro autor, sino –como dice Picoche– un pasaje escrito por Morán, inspirado en «notas de viaje» y textos inéditos de Gil, posiblemente de su viaje a la Maragatería, cuando asiste a la boda que relata en *Los maragatos*:

Aquel insigne poeta y novelista que se llamó Enrique Gil cuenta cosas verdaderamente peregrinas de las regiones cuyas costumbres estudiaba. Publicaba sus artículos en el viejo *Semanario Pintoresco*, si bien gran parte de sus “notas de viaje”, que hubieran cristalizado en preciosísimos cuentos a desenvolverlos su privilegiada pluma, permanecen olvidadas, cubiertas de polvo y en abreviaturas, en una vitrina de nuestra embajada en Berlín. Allí murió el autor y allí se conservan (por lo menos hasta pocos años ha) escritos, apuntes notas y observaciones del ilustre cantor de la violeta.

¹¹⁵ Picoche, pp. 1343-1336.

¹¹⁶ César Morán Bardón, nacido en Rosales (Omaña) en 1882 y fallecido en Madrid en 1951, insigne antropólogo, arqueólogo, folclorista y lingüista. *Tierras de León*, Salamanca, Tipografía de Manuel P. Criado, 1925, cap. XI, pp. 155-159.



Hacia las montañas

Acertó [Gil] a llegar una vez a un pueblo de mal pelaje, de escasos haberes, de importancia nula. Había una boda y el pueblo estaba de gala reunido todo en las eras festejando a los novios. Al aparecer el poeta se quedaron todos mirándole, como si nunca hubieran visto gente. Acercose al primer vecino que encontró y díjole que hiciese el favor de indicarle una posada donde cenar y dormir. Echose el hombre mano a la cabeza, y algo avergonzado de su mísera patria, contestó:

—Señor, en este pueblo no hay siquiera un triste mesón; pero venga conmigo, que malo sea que no alcotremos lo que desea.

A los pocos pasos dieron con otro hombre gordo y rechoncho, lleno de sí mismo; la gente le saludaba a su paso, y él se consideraba muy digno de aquellos saludos. Era el *riquete* del pueblo, y por eso se inclinaban los demás ante... su dinero, que no ante él.

—Gaspar —dijo al hombre gordo el flaco que acompañaba a Enrique Gil— este forestero anda buscando pousada, ¿qué mejor que en tua casa, ande hay tolas comenencias imaginables?

—Pues en mi casa te digo que no —contestó el gordo con énfasis; y siguió su camino dirigiendo una mirada de indignación al flaco, y otra de curiosidad al forastero; apoyado en su cacha, infatuado, iba diciendo:

—¡Aquí voy yo!, ¿eh? ¡Todo el mundo boca abajo!

Extrañole a Enrique Gil aquel modo de proceder y veíalo algo inverosímil; pero “sus razones tendrá”, se decía. Su acompañante se encargó de esclarecer el enigma:

—No le hemos sabido entender; si en vez de llamarle Gaspar a secas, le llamamos don Gaspar, vería usted quién era ese caballero; pero así...vamos en busca de otro.

Se tiene por cierto y averiguado que aquel señor daba monedas a los chiquillos para que le llamasen don Gaspar.

Ninguno de los vecinos era tan susceptible como don Gaspar, y así pronto encontraron posada, aunque no con excesivas comodidades. Al poco rato, volvía Enrique Gil a las eras donde estaba el baile y los novios y todo el pueblo festejándoles.



La novia era natural del pueblo, y el pueblo, como se ha dicho, era pobre; el novio era forastero y de un pueblo rico. Pequeños contrastes. Acompañando al novio vinieron sus amigos y parientes, los mejores mozos de aquella localidad, fachendosos, lujosos, elegantes; con sendas cadenas de reloj, con finas corbatas de seda y brillantes borceguíes. Los del pueblo de la novia, aunque ataviados con sus mejores trajes, no llegaban ni con mucho a los forasteros en fachenda; no podían competir con ellos, creyéronse eclipsados y sintieron en sus corazones el grito de “¡igualdad!”, la mordedura de la envidia.

Les mortificó mucho aquel alarde de lujo; y unos a otros se iban manifestando sus impresiones, hasta que terminaron por convencerse que aquello debía interpretarse como un insulto. Pero un insulto así, indirecto, pudiera tolerarse si venía sin consecuencias, y las consecuencias empezaron a sentirse muy pronto, porque aquellos forasteros no miraban con ojos indiferentes a las muchachas del pueblo, ni les parecían sacos de paja o cosas así despreciables; todo lo contrario. Y ellas, ¡oh flaqueza del corazón humano!, lejos de mostrarse esquivas, parece que se veían como subyugadas, fascinadas por aquel oropel, por aquel continente gentil, marcial, arrogante, altivo.

—¡Que nos las engañan! —decía un hijo del pueblo.

—¡Que nos las llevan! —añadía otro.

—¡Esto ya no puede tolerarse! —exclamó un tercero, y reventó la bomba.

Al grito de “¡Abajo los del corbatín!, cien estacas manejadas por los nervudos brazos de aquellos labradores, y ocultas hasta entonces debajo de las chaquetillas, se enarbolaron en alto, yendo a caer, certeras y seguras, en las cabezas de los desprevenidos forasteros, que cayeron cuan largos eran a los pies de aquellas ¡ingratas y desleales!

Todo fue confusión y desorden. Se arremolinó la gente y hubo lo de rúbrica, o sea, gritos, carreras, palabras fuertes, sopapos, mojjicones, etcétera, etc., y se concluyó la fiesta retirándose todos apresuradamente, quien a curarse, quien por miedo insuperable, quien obligado por su madre o por su esposa.

Las lindas muchachas, que las pláticas de los forasteros escuchaban como cantos de sirena, llevaron a casa sus vestidos de gala con salpicaduras de sangre. Enrique Gil, espectador pacífico que no había



cruzado con nadie ni siquiera una mirada de inteligencia, asombrado de tales excesos, y no acertando a explicárselos satisfactoriamente, se llevó las manos á la cabeza y, ¡oh cielos!, las retiró bañadas en su propia sangre...

